

SEMBLANZAS

AMADO ALONSO

Amelia Sánchez Garrido

AMADO ALONSO enseñó en esta Casa. Yo fui alumna suya. Es el único derecho que me asiste para hablar en este homenaje a su memoria *. Otro era el que en nuestro afecto le preparábamos para cuando hubiesen acabado los tiempos malos. Creíamos poder rescatarlo de su exilio voluntario y acercarnos a él con el agradecimiento que nuestra irremediable cortedad de juventud no había acertado a expresarle. No sería el agradecimiento del alumno brillante, que lo había continuado en la investigación erudita, alguno en la cátedra. Sería el agradecimiento de los más, de los que sólo quedamos en profesores secundarios de literatura o lenguaje, buenos o medianos. Nos hubiera gustado decirle que muchos de nuestra generación, la que lo tuvo por maestro, no escribió jamás una página sin pensar qué hubiera opinado de ella

Amado Alonso. Que supiera que si alguna vez nuestros alumnos creyeron ver seguridad y soltura en nuestra explicación gramatical o agudeza en algún análisis estilístico, a él se lo debíamos, que nos había puesto en el camino; que si alguna vez conseguimos que una cabeza afanosamente inclinada sobre el cuaderno de apuntes se quedara suspensa y se alzara un momento hacia nosotros en instantánea comprensión, a él se lo debíamos: es que habíamos acertado con su tono.

Quizá nos hubiéramos atrevido a recordarle cómo le conocimos y cómo se fué haciendo para muchos de nosotros el maestro. Acabábamos de ingresar en la Facultad. Estábamos en plena mocedad. Nuestra avidez de novedades nos hacía desertar de algunas áridas clases obligatorias para asistir a las del mercado ajeno, las de los cursos

* En ocasión de dársele el nombre de AMADO ALONSO a un aula de la facultad de Humanidades de nuestra Universidad, donde enseñó filología castellana desde 1928 a 1946, año, este último, en que fué declarado cesante. Nacido en Navarra (España) en 1896, se naturalizó argentino en 1939. En 1927 fué nombrado director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, centro donde durante veinticuatro años realizó una vastísima labor. Filólogo y ensayista, se lo considera como uno de los críticos más agudos de las modernas letras españolas. Alejado del país, fué contratado por la Universidad de Harvard (Estados Unidos). Murió en Arlington en 26 de mayo de 1952 y sus restos reposan, junto a los del poeta Pedro Salinas, en el cementerio norteamericano de Mount Auburn. (N. de la D.)

SEMBLANZAS

superiores, donde nos atraían ciertos nombres y temas. Un año llegó como profesor extraordinario Américo Castro. Le siguió Amado Alonso. La sabia madurez de Castro se desbordaba en un vivo desorden, que hacía de sus clases de gramática histórica, con un número reducido de fieles, una sorpresa repetida. No pasaba así en las clases de literatura española, de carácter libre, que se daban en el Aula Magna, donde con método admirable nos acercaba a los primitivos —en nuestros oídos permanece aquella maravillosa recreación de EL SACRISTÁN IMPÚDICO, por ejemplo—, o “desmenuzaba la carne de un clásico y conseguía extraer —como dice Moreno Villa de Azorín— de esa carne, momia ya, un globulillo perfumado”.

Frente a su liviana silueta, un poco claudicante ya, brota en el recuerdo la recia juventud de Alonso, como le vimos la primera vez, sentado a una mesa de examen, el pelo militarmente cortado a cepillo, el rostro dulce y fuerte a la vez, agitándose nervioso en su silla y deteniendo su mirada penetrante, de una expresión poco común, sobre los que, “en capilla”, aguardábamos temerosos. Era una calurosa mañana de diciembre. Pronto nos pasamos la voz: “Es Amado Alonso”. Sabíamos de su clara posición liberal en la causa española; lo sabíamos en la recta línea de la Institución Libre de Giner, discípulo querido de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, donde formaba parte de un equipo brillante, internacionalmente conocido: Federico de Onís, Navarro Tomás, Solalinde, Alfonso Reyes. Su nombre estaba unido, en la Argentina, en libros y trabajos, al de Henríquez Ureña, que ocupaba un indiscutido pri-

mer lugar en nuestro respeto. Cambió el clima del examen. Su presencia exhalaba vida. Una de mis compañeras de examen de aquella mañana se aureoló de prestigio: Amado Alonso había elogiado con calor su exposición sobre Erasmo. Después se nos fué haciendo familiar aquella mirada penetrante, singularmente expresiva. Conocimos su sonrisa. Su primer curso de filología y lingüística contó con nuestra incondicional asistencia. Nada nos distrajo de su clase de las dos de la tarde. Ni la sutil invitación de una llovizna otoñal, o el cómplice anuncio, en el cine de enfrente, de la película que precisamente estábamos deseando ver, ni la bullanguera discusión del Centro de Estudiantes, donde se reformaba el mundo, ni siquiera el ser el momento más propicio para saquear el rosal que nuestra celosa vigilancia había descubierto medio oculto tras los ceibos, estímulos a los que habíamos respondido siempre con toda formalidad.

¡Qué gozo ese primer contacto vital con el idioma! ¡Qué nuevas resonancias adquirieron algunos estilos que nos eran familiares! ¡Cuántos se nos revelaron por primera vez! Amado Alonso poseía aquel *no sé qué* magistral, ese don de magisterio que viene de *nativitate*, que no se aprende ni da la práctica didascálica; ese saber pedagógico infuso que sencillamente, porque sí, se tiene o no se tiene, y que sólo cuando el maestro lo posee, la relación entre él y sus alumnos da como resultado una enseñanza y un aprender verdaderos. Amado Alonso poseía ese don que Herder, hace ya unos 200 años, exaltó con elocuencia: *la gracia*, concepto complejo “cuyos caracteres

son el encanto, el decoro, la hermosura, el donaire, la simpatía”.

Como adjunto de literatura española formaba parte, muchas veces, de las mesas examinadoras. Cobró fama de exigente: “preguntaba mucho”. A veces, desdeñando la pomposa bibliografía esgrimida por un alumno acerca de una obra cualquiera, se ponía a hacer indagaciones sobre la obra misma. Yo he visto repasar febrilmente el QUIJOTE minutos antes de un examen por que se sabía que Amado Alonso formaba parte de la mesa examinadora y “era capaz de querer saber, al hablar de Cervantes, si se había leído el QUIJOTE”.

Su agudeza era proverbial. Al quinto o sexto alumno que, hablando de un mismo autor, elogiaba en él su *estilo conciso*: “Concisos son los apuntes por los que ustedes estudian”. Al emplea-

do de la Biblioteca Central que le comunica que el libro requerido pertenece a una colección que reglamentariamente debe pedirse con un día de anticipación: “¿Por qué? ¿Es que aquí los cuecen?”. Constante espectador de fútbol, se burlaba amablemente de un filólogo amigo, hombre más de libros que de juegos, de quien decía que, invitado a ver un partido, lo había seguido reglamento en mano...

Quizá nos hubiéramos atrevido a recordar con él algo de todo esto cuando hubiese estado de nuevo entre nosotros, cuando hubiesen acabado los tiempos malos, cuando la vida —entre nosotros, los argentinos— volviese a adquirir precio. Pero no pudo ser. Porque un día leímos la inaudita noticia: Amado Alonso había muerto. Y eran aún los tiempos malos...